

cho cuando están enamoradas; cierto que merecía que se ocupasen de ella, porque es muy inteligente y trabajadora; después de todo, nada tiene que agradecerme.

—Sí por cierto; bien lo sabe ella; tanto, que así me lo ha repetido varias veces. Le está muy agradecida. Gana ocho ó nueve mil francos por año; un sueldo muy bonito para una muchachita á quien le daban cincuenta francos al mes en casa de las señoritas Claudart por adornar sombreros; es una perla, se lo aseguro.

—No quiero casarme—dijo rápidamente Perrolet.—Yo ya no soy más que un viejo, y, por otra parte, estoy acostumbrado á vivir solo como un oso. Me conozco. Moriré como he vivido.

—Nadie puede decir de esta agua no beberé, y no desespero de ir á su boda. Si es usted feliz, esto agrada á nuestro amigo Vicente, que es el rey de los hombres, y á mí, que soy el más viejo inspector de la casa, y á todo el mundo.

—No verá usted esa fiesta, mi pobre Labievre—dijo Perrolet.—Soy tan salvaje como un lobo, y compadecería á la desgraciada que se condenase á vivir en compañía de un animal viejo como yo.—¡Caramba, es ya la hora!—dijo mirando su reloj.—Nos van á dar una mala nota como á simples aprendices.

Cambiaron un saludo afectuoso, y, siguiendo á la multitud que se precipitaba en los almacenes, entraron por la puerta principal, que era amplia y suntuosa como la de un palacio.

III

EN EL BAZAR DE SAN GERMÁN

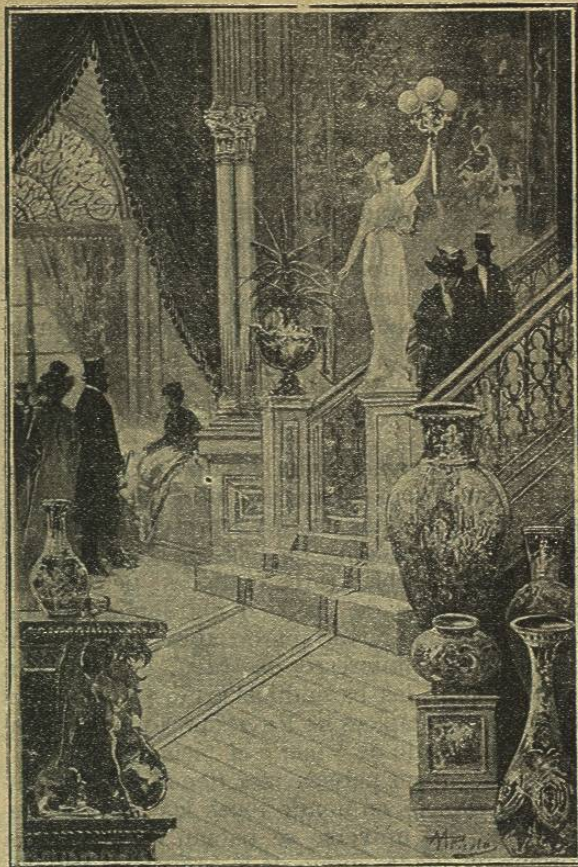
DESDE la entrada del edificio se disfrutaba de un golpe de vista, único en el mundo.

Escaleras de una increíble ligereza iban desde la planta baja hasta lo más alto del edificio, lanzadas en el espacio con un atrevimiento sorprendente.

Sus mesetas interminables se alargaban en inmensas galerías, suspendidas como los jardines de Semíramis.

Tan lejos como podía alcanzar la vista, se veía sobre los mostradores, sobre las escaleras, sobre las columnas de las estanterías enormes cantidades de sedería, de telas de todas las procedencias; muebles raros, bronce, perfumería, cofres, jarrones de China ó del Japón, alfombras de Oriente, todo puesto aquí y allí en un premeditado pintoresco desorden, ó tirado con estudio sobre las barandillas artísticas, como los vemos en los tapices de los grandes maestros italianos Leonardo de Vinci ó el Ticiano.

Este bazar no parecía una tienda, sino un espacioso palacio, en donde todas las riquezas decorativas del universo se habían reunido para formar un cuadro digno de la coquetería femenina. Allí los colores se mezclaban armoniosamente en un prodigioso enredo, y, aparentando que debía ser difícil entenderse, reinaba el orden más perfecto.



Este bazar no parecía una tienda, sino un espacioso palacio.

Torrentes de luz entraban por las vidrieras que iluminaban estos mercados extraños y espléndidos.

Los inspectores, con su corbata blanca, iban por entre los grupos vigilando los mostradores despojados de sus fundas, especie de sábanas, bajo las cuales se guardaban las fruslerías que cotidianamente excitaban la curiosidad y los deseos de las hijas de Eva.

Sobre los peldaños de las escaleras, como los cien guardias en las escaleras de las Tullerías, en el tiempo de los reyes de Francia, y en las entradas de los departamentos, muchachos con libreas esperaban, dispuestos para informar á los clientes que empezaban á afluir de todas partes.

Los empleados, todavía soñolientos, preparaban sus mercancías con coquetería, dando el último toque á los montones de pañuelos, á las bandejas de los encajes, á las cintas, á los montones de sombrillas, ahuecando sobre los maniqués las telas de los trajes, como si fuesen doncellas que arreglasen las faldas de sus señoras antes de que éstas saliesen á recibir ó á paseo.

El movimiento era continuo en los sótanos, de los cuales salían telas de todas clases, con las que se podría vestir una provincia, y objetos innumerables que se llevaban á todos los pisos del bazar.

Al pasar por los corredores ó al amparo de una fila de paños y de telas, las muchachas dirigían al descuido miradas incendiarias á sus novios, cuidando de no ser vistas por un superior ó por el patrón, y sobre todo por el riguroso señor Valichon, un meridional moreno y rígido, acérrimo partidario de la disciplina, quien al sorprender la mi-

rada, menos indulgente que el señor Labievre, reprendía de una manera terrible á la delincuente, aterrorizándola con amenazas que raramente se llevaban á ejecución.

En una palabra, el gigantesco hormiguero había adquirido su acostumbrada actividad; las abejas trabajadoras zumbaban en sus panales, pero sin ruido, sin gritos, sin estrépito. Todo se ejecutaba en silencio, con una uniformidad perfecta; las órdenes se daban en voz baja, el trabajo se distribuía con anticipación y cada uno sabía lo que le correspondía hacer.

El jefe de la casa, rodeado de sus diez asesores que constituían el consejo supremo, como en un tiempo, en la ciudad de las lagunas, el Dux se rodeaba de sus diez patricios, daba las instrucciones que, transmitiéndose gradualmente hasta los últimos subalternos, pasaban del general á los más insignificantes empleados, sin entorpecimiento ni réplica.

Fuera del edificio, largas filas de coches enganchados con soberbios caballos, bastante numerosos para cubrir todas las plazas de un regimiento de dragones, venían á colocarse en fila dispuestos á llevar á los barrios más extremos paquetes de todos tamaños, mientras que un ómnibus con los colores del Bazar de San Germán, amaranto y oro viejo, transportaba una nube de representantes, que iban á repartirse por las grandes fábricas para escoger los objetos destinados á abastecer los departamentos de esta casa sin rival.

En los últimos pisos, ya junto al tejado, los obreros cortadores preparaban las piezas de muselina y de batista que servían para confeccionar las diferentes prendas de ropa blanca vendidas cada

día por millares. Y en la vecindad, unos cuarenta cocineros con gorros blancos, mozos de fregadero, desplumadores de aves y mondadores de legumbres, en cocinas cuyo servicio se hacía por un pequeño camino de hierro aéreo y en comedores inmensos, preparaban la comida, colocaban sobre las mesas los tres mil cubiertos para los tres mil empleados de la casa, y acomodaban en los hornos un rebaño de la Beauce, ó bueyes enteros, en cacerolas enormes, ó vituallas de cuya cantidad apenas darían una vaga idea las bodas de Camacho.

De arriba á abajo de este edificio monstruoso, que solamente una capital podría sostener, se percibía el rumor característico del movimiento y del trabajo de sus afanosos habitantes: empleados que van de un lado para otro, el *frou-frou* de las sedas arrastrando sobre la alfombra, palabras cambiadas en voz baja, y á veces la música estridente del oro cayendo en las cajas, esa especie de sordo rumor que delata la existencia de una ciudad laboriosa y activa y que se oye desde muy lejos.

Perrolet estaba ya en su puesto, en las galerías del segundo piso, como un profesor que ha empezado su clase y dicta su deber á los discípulos.

Alrededor suyo, los vestidos, puestos sobre maniqués de mimbres, de engañadoras formas, los trajes de lana ó de satín, de granadina ó terciopelo, aparecían colocados del modo más atractivo para llamar la atención.

Perrolet, desde su observatorio, dominaba una vasta extensión del terreno, como el turista que desde la cumbre de una colina tuviese ante sus ojos las lejanías de un paisaje pintoresco.

Era un parque donde se complacía en pasear de ordinario, y donde pasaba las horas contemplando aquel espectáculo siempre distinto y siempre el mismo, y que, semejante al mar, no se cansa uno de contemplarlo.

Á Perrolet le distraía mucho en otras ocasiones semejante cuadro; pero aquel día distraía otro asunto su atención.

Á su derecha, en una galería paralela á las de trajes, miraba atentamente á las empleadas de las modas que arreglaban en sus armarios ó sobre perchas de pie, enfrente de los espejos, de manera que resaltasen más graciosamente sus formas y sus colores, los unos sobre los otros, los sombreros, con toda su extraordinaria variedad, ordenados por una escala de precios, desde los más modestos á los más lujosos.

Germana estaba también allí muy activa, muy tranquila y con cierto aire de coquetería graciosa.

Perrolet la llamó con un gesto y una palabra.

—¡Señorita!

Fué en seguida, medio seria, medio sonriente.

Verdaderamente estaba muy bonita y tenía bien puesto su mote de *Capricho*.

Nada más fresco que aquella fisonomía á la vez dulce y modestamente reservada, franca y por lo mismo enigmática, escondiendo un pensamiento que guardaba para sí, como todas las mujeres.

¡Qué boca encantadora y suave ornada de bellísimos dientes; qué ojos chispeantes de gracia y de talento! ¡Qué hoyuelos en aquellas mejillas! El conjunto puro, de una distinción exquisita y cuya característica era sobre todo una bondad

absoluta, la bondad de la mujer, unida á un poquito de malicia y de coquetería, tan disculpable en una hermosura perfecta, á la que realza más y la hace aún más atractiva.

¡Y qué cuerpo tan gentil, tan esbelto y de líneas tan puras y elegantes!

Perrolet tenía la frente cubierta de sudor.

Estaba sobre ascuas, y no sabía por dónde empezar su conversación.

No parecía prestar la menor atención á los detalles de aquella hermosura que hubiesen entusiasmado á un artista, y, sin embargo, no dejaba de admirarlos.

Desde las primeras palabras no hizo uso de su finura característica.

—Están muy descuidados en las modas, señorita—dijo frunciendo el entrecejo.

—Señor, aseguro á usted que todo marcha como de costumbre.

—Entonces, todo va mal; polvo por todas partes, poco gusto en la disposición de las cosas, falta de atención con las señoras...

—Pero, si hoy no ha venido todavía nadie, no ha habido ocasión de ser incorrecto.

—¡Ah! ¿Lo cree usted así?...—dijo el patrón, que se distraía por momentos.—Entonces, yo no sé lo que me digo. ¿Es esto lo que quiere usted decir?

—¡Oh, no, señor Perrolet!

—Márchese, no quiero disgustarla más, pero lo que pasa es intolerable, positivamente. ¿En qué piensa usted, señorita?

—¡Ah, señor Perrolet!—dijo la joven ante estos reproches inmerecidos; es usted muy severo... esta mañana,

—¡Bueno! ¿Y por qué esta mañana?—preguntó asombrado, percibiendo una intención burlona sobre la cara de su subordinada.

—No lo sé—dijo ella.

—Usted ha querido decir otra cosa.

—Habrá usted dado sin duda un mal paseo.

—¿Dónde?

—En las Tullerías, por ejemplo; me ha parecido verle al pasar. ¡Examinaba usted una estatua... con tanta atención!... El tiempo estaba muy hermoso, ¿no es verdad?

Ella le tendió el anzuelo sin querer.

Y Perrolet se agarró á él, como el que se ahoga, á un clavo ardiendo.

—En efecto, ahora recuerdo que he ido á dar una vuelta por allí, á tomar el aire; está muy bonito ese jardín, y encontré á mi amigo el señor Labievre; pero esto no es un motivo para tratarme de severo, riguroso, insoportable, injusto acaso. Dice usted que soy injusto—añadió animándose, — que critico sin razón.

—¡Ah, señor Perrolet!

—Sí, repítalo; no se atreve, lo sé; pero lo leo en su pensamiento; está usted demasiado bien educada para declararlo; pero lo adivino. No se me engaña; soy un ser taciturno, odioso; un déspota.

—¡Oh, señor Perrolet!

—En fin, basta; su cometido es vigilar. Y la hago responsable de las faltas que puedan ocurrir en las modas. ¿Me ha entendido usted?

—Sí, señor Perrolet.

—¿Está usted descontenta de su situación?

—No, señor Perrolet.

—¡Sin embargo, algo le faltará cuando pretenda cambiar de estado!

El patrón se frotó las manos; estaba encantado. Acababa de encontrar la transición, tras de la que corría desde hacía un instante.

IV

LAS TEORÍAS DEL SEÑOR PERROLET

GERMANA se ruborizó.

—¿Cómo, señor Perrolet?—preguntó.

—Sin duda. ¿Sabe usted lo que me ha dicho Labievre?

—No, señor.

—¿Ni lo sospecha?

Germana meneó la cabeza con un gesto coquetón.

—Pues todo el tiempo ha venido hablándome de usted.

—¿Y qué le ha dicho el señor Labievre?

—Que se va usted á casar, y no es él solo quien lo dice; ese rumor corre por todo el establecimiento.

—En absoluto, no hay nada de eso.

—¡Qué disimulada es usted y qué bien finge!

—Ahora no; nada de eso, señor Perrolet; ahora no, se lo aseguro.

—¿Es decir, más tarde; dentro de quince días, de ocho, mañana tal vez, piensa usted realizar ese propósito como una cosa posible, apremiante quizá?

Germana se había puesto encarnada.